

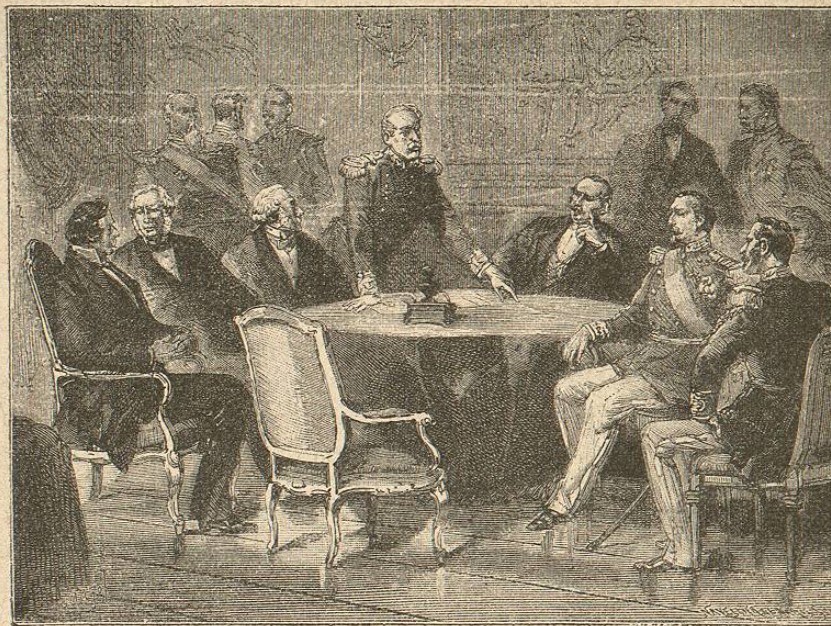
herida del rayo, porque, como hemos dicho, todo se había previsto menos la victoria de los prusianos. A las once de la noche del 3 de julio el embajador de Prusia en París, conde de Goltz, recibió un despacho del señor Wérther, de Berlín, participándole que el correo de campaña acababa de anunciar oficialmente á las ocho de la noche: «Victoria brillante cerca de Sadowa, dos leguas al Noroeste de Koniggratz.» Este telegrama fué confirmado al día siguiente en Saint-Cloud, donde estaba el emperador, por otro de Benedetti, que decía: «Ciento y un cañonazos anuncian que el ejército ha alcanzado una gran victoria. Los austriacos, en completa desorganización, están perseguidos por la caballería prusiana.»

Aquella misma mañana del 4 de julio se presentaron á Napoleón dos hombres de Estado, el ministro Drouyn de Lhuys y Metternich, embajador de Austria; y el primero, más agitado todavía que el otro, le dijo: «Señor, nos encontramos enfrente de sucesos que pueden llegar á ser tan funestos para Francia como las derrotas del primer Imperio. En las circunstancias del momento, opino que V. M. debe convocar el cuerpo legislativo y poner inmediatamente en la frontera del Este un ejército de observación de ochenta mil hombres. Al propio tiempo debería escribirse al señor Benedetti, nuestro embajador cerca del rey de Prusia, para que declarara á éste que V. M. se vería en el caso de ocupar la orilla izquierda del Rhin si Prusia no se mostrara equitativa en sus exigencias con el vencido y procediera á engrandecimientos territoriales que pudieran comprometer el equilibrio de Europa. El Rhin está sin tropas, y todo induce á creer que una intervención como la que propongo llenará el objeto deseado, tanto más cuanto que el mariscal Randón acaba de asegurarme que se encuentra en estado de ponerse en marcha un ejército de ochenta mil hombres.»

De acuerdo con el ministro se expresó Metternich, que había recibido por telégrafo orden de su gobierno de pedir á Napoleón que interpusiera su mediación cerca del rey de Italia y declarase públicamente que aceptaba la cesión de Venecia, convenida en el tratado secreto de 9 de junio. Además solicitaba que el emperador pidiera á Italia la garantía de un armisticio y ocupara sin demora militarmente el Véneto, aunque fuese sólo con pocos batallones, con tal de impedir las hostilidades de parte de los italianos. Teniendo así Austria cubiertas las espaldas, dispondría de un ejército de ciento treinta mil hombres, que podría hacer pasar á Bohemia para cambiar allí la situación, si se presentase simultáneamente un ejército francés á orillas del Rhin. En realidad lo que pedía Austria vencida á Napoleón era que se pronunciara á su favor. El emperador de los franceses veía destruídas todas sus combinaciones por el triunfo de los prusianos.

Si Napoleón hubiese seguido el consejo de su ministro y atendido la súplica del Austria, habría hecho el papel de mediador armado, ó mejor dicho, de protector de Austria, pues habría detenido á los ejércitos aliados. La interven-

ción habría tenido consecuencias gravísimas para Prusia y Alemania, pues según confesó Bismarck el 16 de enero de 1874 en el Parlamento alemán, aunque Francia tenía entonces muy pocas tropas, habría bastado una agregación pequeña de la fuerza francesa á las innumerables masas de tropa de la Alemania del Sur, para formar con ellas un ejército muy respetable, que habría obli-



Consejo de ministros en Saint-Cloud.

gado á los prusianos á cubrir inmediatamente á Berlín y abandonar todas sus ventajas en Austria. No podía Napoleón negarse á la mediación una vez invocada por Austria, y la anunció inmediatamente dirigiéndose al rey de Italia y al de Prusia. Al primero comunicó los ofrecimientos austriacos, no dudando que hecha la cesión del Véneto, el armisticio no encontraría dificultades en Italia. Al rey de Prusia le dijo:

«Al rey de Prusia en su cuartel general. — París, 4 de julio de 1866. — Señor: Los resultados tan rápidos como brillantes de V. M. han dado lugar á sucesos que me obligan á salir de mi papel de completa inacción. Me comunica el emperador de Austria que quiere cederme Venecia y aceptar mi mediación para poner fin á la lucha que se ha suscitado entre Austria, Prusia é Italia. Conozco demasiado bien la magnanimidad de V. M. y su cariñosa confianza en mí para creer que V. M., después de tan gran elevación de su gloria militar, verá con satisfacción los pasos que quiero dar para devolver á sus Es-



tados y á Europa las bendiciones de la paz. Si V. M. aprueba mi proposición, encontrará sin duda conveniente que un armisticio hecho para Alemania é Italia abra el camino directo á las negociaciones. El buen hermano de V. M. — NAPOLEÓN.»

Después se reunió en Saint-Cloud el Consejo de ministros para discutir las proposiciones del ministro Drouyn de Lhuys. El mariscal Randón, ministro de la Guerra, confesó que, incluyendo las tropas reunidas en el campamento de Chalóns, no podía poner más de cuarenta mil hombres en campaña, y que ni á éstos podía proveer más allá de la frontera de municiones de guerra. Randón atribuyó á la campaña de Méjico el estado lamentable de los parques y la insuficiencia de la tropa. Finalmente el Consejo aprobó lo propuesto por el ministro de Negocios extranjeros, y cuando menos la inmediata convocación de las Cámaras; pero en lugar de la convocatoria envió el emperador una simple nota al *Monitor*, que decía: «París, 4 de julio de 1866. — Ha ocurrido un suceso importante. Después de haber hecho el emperador de Austria en Italia lo que exige el honor de sus armas, adopta las ideas expresadas por el emperador Napoleón á su ministro en su carta de 11 de junio y cede Venecia al emperador de los franceses, cuya mediación acepta para contribuir á hacer la paz entre las potencias beligerantes. El emperador Napoleón se ha apresurado á corresponder á esta solicitud y se ha dirigido inmediatamente á los reyes de Prusia é Italia para obtener un armisticio.»

Esta nota, publicada el día 5 de julio, excitó en París un júbilo general, ya que anunciaba al parecer una gran victoria moral que no había costado una gota de sangre; mas para el ministro de Negocios extranjeros fué un desengaño cruel, porque contaba con la convocación de las Cámaras y la mediación armada. Para explicar las vacilaciones de Napoleón, el duque de Gramont recuerda que el emperador estaba entonces atacado y debilitado por una enfermedad y le turbaba la idea de verse arrastrado á hacer la guerra si tomaba una actitud demasiado enérgica. A esto añade Alfredo Darimón: «Ahí está todo el secreto de las órdenes y contraórdenes que hubo en la noche del 4 al 5 de julio de 1866. A las once de la noche se había decidido que se enviarían los decretos al cuerpo legislativo para reunir en la frontera un ejército que sirviese de obstáculo á las pretensiones ambiciosas de Prusia; á las cinco de la mañana fueron retirados los decretos y se persistió más que nunca en aquella política de desaparición voluntaria que por eufemismo se había llamado neutralidad cortés.»

M. Drouyn de Lhuys no se dió por vencido y marchó á Saint-Cloud para ver si lograba su intento con el auxilio de un telegrama del rey de Italia, en el que decía que aceptaba la mediación del emperador, pero indicaba respecto del armisticio que su deber le obligaba á ponerse de acuerdo con el gobierno de Prusia. Mientras Drouyn de Lhuys discutía en presencia sólo del ministro de Estado Rouher, del emperador y de la emperatriz, llegó el ministro del Interior marqués de Lavalette, muy sorprendido de saber que se había reunido un

Consejo al cual no se le había invitado. Sin hacerse anunciar entró en la sala de sesiones y ocupó su puesto sin hacer caso de la sorpresa de los demás. El emperador le enteró de las resoluciones tomadas, y Lavalette le observó que aquellas resoluciones estaban en completa contradicción con el papel de mediador, del que se había encargado el día antes y que había sido aceptado inmediatamente por los reyes de Italia y de Prusia. «Sin duda, dijo, los consejos que V. M. ha dirigido á los dos cuarteles generales encontrarán objeciones y resistencias; pero si Italia está irritada por sus derrotas y Prusia está embriagada por sus victorias, corresponde al mediador, á su sabiduría y á su dominio sobre sí mismo, aplacar sus pasiones y emplear la persuasión para que aquellas potencias le ayuden en sus propósitos.»

Drouyn de Lhuys no contestó una palabra; el emperador se levantó y vivamente agitado le llevó á su gabinete, adonde les siguió la emperatriz. Habiendo quedado solos Lavalette y Rouher, el primero dijo: «¿Cómo me ha dejado usted hablar solo contra las funestas resoluciones que parece van á convertirse en hechos?» A lo cual contestó Rouher que su colega no necesitaba ser apoyado, pues había hablado muy bien. Cuando el emperador volvió á la sala de sesiones anunció á Lavalette que, bien meditados el pro y el contra, creía tener que insistir en sus primeras resoluciones. Entonces le dijo Lavalette: «Permítame, pues, V. M. faltar por un momento á la consideración debida y preguntarle dónde están las fuerzas armadas para una política que, según los despachos recibidos de Goltz y Nigra, ha de conducir infaliblemente á la guerra, y á una guerra fatal, contra Prusia é Italia. Me he enterado de los recursos militares que están á nuestra disposición, y ¿sabe V. M. que Méjico lo ha apurado todo, que no tenemos caballos, ni artillería, ni hombres, y que á lo más estarían prontos á ponerse en marcha cuarenta mil hombres, que insuficientemente provistos de municiones recibirían una impresión terrible por los efectos del fusil de aguja, que en la campaña de Bohemia tan irresistiblemente lo ha arrollado todo?» El emperador, visiblemente conmovido por esta pregunta, convino en que el ejército no estaba preparado para entrar en campaña simultáneamente con Prusia é Italia. Dicho esto por Napoleón, Lavalette se dirigió á Drouyn de Lhuys: «Y usted, que siempre ha pensado sólo en Austria y ha rechazado sistemáticamente toda inteligencia con Prusia, ¿se atreve hoy á aconsejar semejante política sin saber siquiera los medios que hay para sostenerla?» El interpelado no supo qué contestar, y el emperador levantó la sesión en medio de una indecible agitación, sin que se hubiese tomado resolución alguna. No hubo preparativos militares, ni entraron los franceses en Venecia ni en la provincia rhiniana, ni se habló en Francia de movimientos de tropas; pero no por esto dejó de expresarse la diplomacia imperial en términos serios y decisivos.

Hay que observar que al hablar Lavalette como lo hizo, exageró, porque Francia no se hallaba en la deplorable situación que supuso para contener al emperador, á pesar de que en Méjico se había derrochado mucha sangre y oro



francés; pero no se habían consumido todos los recursos de la nación, ni mucho menos. El mariscal Randón, que había prestado muy buenos servicios á su país en Africa y cuando la guerra de Italia, no había tenido la energía necesaria para contener la desorganización del ejército: el sentimiento del deber se debilitaba, los recursos no se empleaban bien, las plazas de guerra estaban en mal estado, lo mismo que los arsenales, y Francia no estaba preparada para la guerra. Cuando el mariscal Randón hablaba de poner sobre las armas á cuatrocientos cincuenta mil hombres en el espacio de un mes, se hacía grandes ilusiones; pero ya se aproximaba á la realidad cuando decía que podía hacer marchar ochenta mil hombres hacia la frontera, cifra que hubiera bastado.

La lucha que se sostuvo en aquellos momentos en la corte del emperador fué porfiada. Intervino con energía el príncipe Napoleón, yerno de Víctor Manuel, quien reflejaba los sentimientos é intereses italianos y acariciaba la ilusión de una alianza franco-prusiana. El ministro de Estado Rouher, muy hábil en la política interior, pero apartado de la extranjera, se inclinaba á las ideas del príncipe. Cuando Napoleón cedió y lo supo Randón, exclamó: «Somos nosotros los vencidos en Sadowa.» Ni el ministro de la Guerra ni el de Negocios extranjeros se dieron por vencidos. El mariscal preparaba la movilización de doscientos cincuenta mil hombres. M. Drouyn de Lhuys demostraba al emperador que la reforma federal anunciada por Bismarck el 10 de junio sería la absorción de Alemania por Prusia, é insistía en que se la detuviese acudiendo á la mediación armada. Los representantes de Austria y de los pequeños Estados alemanes rogaban á Napoleón que no les abandonase, diciéndole que bastarían cien mil hombres, pues aún conservaban Maguncia.

La situación era esta: Bismarck había jugado el todo por el todo al declarar la guerra contando con la neutralidad francesa. En las provincias del Rhin no había tropas; los italianos habían sido derrotados en el Véneto, donde los austriacos demostraron cualidades de estratégicos que les hicieron falta en Bohemia; y el vencedor de Custoza, el archiduque Alberto, hijo del célebre archiduque Carlos, el mejor general austriaco de las guerras del primer Imperio, podía regresar con rapidez á Viena y reorganizar el ejército, reuniendo al suyo, vencedor, los restos del de Benedek, vencido. «Señor, dijo un diplomático alemán á Napoleón, una simple demostración militar vuestra puede salvar á Europa, y Alemania os estaría eternamente agradecida. Si no aprovecháis esta ocasión, dentro de cuatro años os veréis obligado á sostener la guerra con Prusia, y entonces Alemania entera estará contra V. M.» La opinión de Bismarck es decisiva para apreciar qué era lo que en aquel entonces hubiera debido hacer Napoleón. «Después de la batalla de Sadowa, dijo en el Parlamento alemán el 16 de enero de 1874, el emperador Napoleón inició su mediación. La presencia de Francia en el teatro de la guerra nos exponía á perder los resultados de nuestra victoria. Si bien Francia no tenía entonces fuerzas disponibles, la unión de un cuerpo francés hubiera bastado para convertir en un buen ejército las nu-

merosas tropas de la Alemania del Sur, que poseían excelente material, pero les faltaba organización; y este ejército nos hubiera obligado á cubrir Berlín y á renunciar á todas nuestras victorias en Austria.» A esto hay que añadir que el ejército vencedor en Sadowa, muy valiente y disciplinado, pero joven y aún no acostumbrado á las penalidades de la campaña, estaba fatigado, y además azotado por el cólera.

El telegrama de Napoleón colocó al rey de Italia, lo mismo que á sus ministros, en situación muy difícil, porque derrotado en Custoza, se hallaba repentinamente en la cruel alternativa de romper con Francia ó con Prusia. Bajo la impresión de la nota del *Monitor*, Lamármora telegrafió desde su cuartel general al embajador Nigra en 5 de julio: «El telegrama imperial es tanto más grave, cuanto acaba de ser publicado en *El Monitor*. Comprendo que el emperador quiera detener á Prusia, pero es dolorosísimo que esto haya de hacerse á expensas del honor de Italia. Aceptar á Venecia como un regalo de Francia nos rebajaría mucho, y todo el mundo creería que habíamos hecho traición á Prusia. No podría gobernarse ya en Italia, el ejército perdería toda consideración. Procure libranos de la dura alternativa de sufrir una humillación insoportable ó de reñir con Francia.»

No era solamente el deber que imponía el tratado con Prusia ni la consideración del honor militar los que se oponían al armisticio: el gobierno de Italia había fijado sus miradas en el Tirol italiano y no quería renunciar desde luego á este su deseo favorito. El 5 escribió el ministro de Negocios extranjeros de Italia, Visconti-Venosta, á Nigra, manteniéndose firme en que el rey de Italia no debía detenerse en su avance ni aceptar á Venecia como regalo. Así quedó el asunto á pesar de que el gobierno imperial, para influir en el italiano, dijo que Prusia había admitido el armisticio y que con esto había faltado al tratado. Esto no era exacto, pero hasta el 8 de julio no se tuvo en Florencia la certidumbre de que el rey de Prusia había declarado á Napoleón que no podía consentir en un armisticio hasta que fuesen aceptadas las bases de una paz que dejara satisfechas las pretensiones de la Prusia é Italia. En vista de esto, el Consejo de ministros italiano decidió aquel día continuar la guerra, á pesar de la amenaza de Napoleón de convocar el cuerpo legislativo, restituir Venecia á Austria y hasta aliarse á esta potencia. A tales amenazas contestó Ricasoli el 9 de julio con esta nota dirigida á Nigra: «El tratado con Prusia nos impone la obligación de ponernos de acuerdo con ella antes de hacer un armisticio, y todavía no nos ha hecho saber sus condiciones. En virtud del tratado podemos vernos obligados á salir también garantes de las condiciones puestas por Prusia. En Viena no se ocultan para decir que al ceder á Venecia lo hacen con la esperanza de recuperar su poder sobre Prusia por la fuerza de las armas. Italia no puede aceptar, pues, un papel contrario á su honor y al deber que le impone el tratado. La admisión incondicional del armisticio sería un acto inmoral y cobarde; sería faltar á la palabra dada á Prusia, y bastaría para cubrir de ignomi-



nia á la nación italiana por todo un siglo, para cerrarnos en adelante toda alianza y quitarnos toda independencia y confianza políticas. Esto no puede ser de ningún modo. El emperador conoce nuestras obligaciones para con Prusia, si es que no las ha recomendado él mismo, y no puede pedir que faltemos á ellas. Hay algo que vale más que Venecia, y es el honor de Italia, del rey y de la monarquía. Nuestras reservas al aceptar un armisticio son, primero, que Prusia lo acepte, y segundo, que se atiendan las reclamaciones justas y modestas de Italia. Si el emperador convoca el cuerpo legislativo, convocaremos nosotros el Parlamento y expondremos á la faz de Europa lo que se nos ha pedido y lo que hemos tenido que contestar. Ignoro si los frutos de una alianza austro-francesa serán mejores que los tratados de 1815, aborrecidos por el emperador con mucha razón y justicia. En todo caso, no dirigiremos nuestras armas contra él; sufriremos nuestra suerte, respetados y acaso mirados con indulgencia por Francia y aun por Austria; y obrando así conservaremos ileso el elemento más esencial de nuestra unidad, á saber: la conciencia que debe tener la nación de su honor y del honor de su dinastía. Tengo la convicción de que proceder de otro modo sería la ruina del rey y de la dinastía. De todo esto daré inmediatamente cuenta á S. M. y al ministro de Negocios extranjeros, que anoche partió para el ejército. Espero que usted logrará que prevalezca la razón y que para lograrlo le prestarán su apoyo los amigos del emperador y de Italia.»

Además de esto, se dió al embajador de Italia en Berlín, conde de Barral, la orden de ver á Bismarck é inducirle á que su gobierno no consintiera el armisticio, noticia que había dado desde Berlín, en 9 de julio, Benedetti.

No hubo, pues, armisticio en Italia ni separación de ésta de Prusia. Del cuartel general prusiano dependía la resolución de seguir la guerra ó de suspender las hostilidades.

Lo que allí pasó lo sabemos con exactitud porque lo ha narrado Bismarck: «Después de la batalla de Koniggratz, dice, la situación era tal que la aquiescencia á una primera aproximación de Austria parecía, no sólo posible, sino además impuesta por la intervención de Francia, intervención que se iniciara con el telegrama dirigido por Luis Napoleón al rey y recibido por éste en «Horricz» en la noche del 4 al 5 de julio, en el cual el emperador de Francia comunicaba á S. M. que el emperador de Austria, Francisco José, le había cedido Venecia y solicitado su mediación. El éxito brillante de las armas de nuestro monarca obligó á Napoleón á abandonar la reserva en que hasta entonces se había mantenido. La intervención había sido provocada por nuestra victoria, cuando Napoleón había siempre contado con que seríamos derrotados y nos veríamos en la necesidad de implorar ayuda. Si nos hubiésemos aprovechado por completo de la victoria de Koniggratz, haciendo que tomara parte en el combate el general Etzel y que nuestra caballería intacta persiguiera al enemigo derrotado, el envío del general Gablenz al cuartel general prusiano habría traído consigo la firma, no sólo de un armisticio, sino también de las

bases para una paz futura, dada la moderación de nuestras pretensiones, y entonces de las del mismo rey, en punto á las condiciones bajo las cuales la paz podía pactarse. Aquella moderación, sin embargo, exigía ya de Austria algo más de lo conveniente y nos habría valido en lo porvenir la amistad de todos los hasta entonces confederados, pero todos mortificados y empequeñecidos. Por indicación mía S. M. contestó al emperador en términos dilatorios, pero haciendo constar que no aceptaría ningún armisticio sin garantías para una paz definitiva.



Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros de Italia

»Más adelante pregunté en Nikolsburgo al general Moltke qué haría si Francia intervenía militarmente.

»Su contestación fué: «una actitud defensiva respecto de Austria, limitada á la línea del Elba, y la guerra contra Francia.»

»Esta respuesta afirmóme más en mi resolución de aconsejar al rey que firmara la paz sobre la base de la integridad territorial del Austria. Mi opinión era, en caso de una intervención francesa, ó bien firmar la paz con Austria en seguida y bajo condiciones razonables, y aun á ser posible aliarnos con esa potencia, ó que la debilitáramos por completo atacándola rápidamente y fomentando el levantamiento de Hungría, y quizás también el de Bohemia, manteniéndonos en el entretanto á la defensiva respecto de Francia, no respecto de Austria, como quería Moltke. Creía yo que la guerra con Francia, que Moltke deseaba emprender desde luego y rápidamente, no había de ser tan fácil como